

piedad de aquellos infantes é no los dejen matar á tan gran tuerto; que solamente algunos que fuesen que esforzasen los míos é los acaudillasen, aquel malo no osaría allí estar mucho tiempo.» La reina Elisena é aquellos caballeros fueron maravillados de tan gran traición, é hobieron mucha piedad de aquella reina, é luego la Reina la tomó por la mano, é la fizo sentar cabe sí, é díjole: «Mi buena señora, si no vos he fecho el acatamiento que vuestro real estado meresce, perdonadme, que vos no conocia, ni sabia el estado de vuestra hacienda como agora lo sé, é podeis creer que vuestra pérdida é fatiga me ha puesto gran piedad é congoja en el alma, que la contraria fortuna á estado ninguno perdona, por grande que sea, é aquel que mas contento é ensalzado se ve, aquel debe mas temer sus mudanzas; porque cuando mas seguros á su parescer están, entonces les viene aquello que á vos, mi buena señora, ha venido; y pues Dios aquí os trajo, tengo por bien que vayais en mi compañía hasta la firme Firme, á allí hallaréis el recaudo que vuestra voluntad desea, como lo fallan cuantos lo han habido menester.—Ya lo sé, mi buena señora, dijo la reina de Dacia; que al Rey mi señor contaron unos caballeros que pasaban en Grecia las cosas que son pasadas sobre que Amadís tomó la hija del rey Lisuarte, que la desheredaba, por otra hija menor, é la enviaba al emperador de Roma por mujer, y esto me dió causa de buscar este bienaventurado caballero, socorredor de los cuitados que tuerto resciben.»

Cuando Angriote é sus compañeros oyeron lo que la reina Elisena dijo, todos tres se le fincaron de rodillas delante, é la suplicaron mucho que les diese licencia para que por ellos fuese aquella reina socorrida é vengada, si la voluntad de Dios fuese, de tan gran traición, y que esto se podía muy bien hacer, porque ya estaban muy cerca de la insola Firme, donde embarazo alguno por razon no se esperaba. La Reina quisiera que primero llegaran donde estaba el Rey su marido, mas ellos la afincaron tanto, que lo hubo de otorgar. Pues luego se metieron en su nao con sus armas é caballos é servidores, é dijeron á la reina de Dacia que les diese quien los guiase, y que ella se fuese con la reina Elisena á la insola Firme. Ella les respondió que no quedaria, antes queria ir con ellos; que su vista valdria mucho para reparar y remediar el negocio. Así se fueron de consuno, pues vieron su voluntad; y la reina Elisena é don Galaor se fueron su camino, é sin cosa que les acaesciese llegaron una mañana al puerto de la insola Firme. E cuando fué sabida su venida cabalgaron el Rey su marido é sus hijos, con el Emperador é con todos los otros caballeros, para la recibir. Oriana quisiera con aquellas señoras ir con ellos, mas el Rey la envió á rogar que lo no ficiese, ni tomase aquel trabajo; que él la llevaria luego para ella, é así quedó. Pues la Reina é don Galaor salieron de la mar á tierra, é allí fueron con mucho placer recibidos. Amadís, despues que besó las manos á su madre, fué abrazar á don Galaor, y él le quiso besar las manos, mas él no quiso; antes estuvo una pieza preguntándole por su mal, é don Galaor diciendo que ya estaba mucho mejorado, y que mas lo estaria de allí adelante, pues que los

enajos é sañas de entre él y el rey Lisuarte eran atajados. Despues que el Emperador é todos los otros señores saludaron á la Reina, pusieronla en un palafren y fuéronse al castillo al aposentamiento de Oriana, que estaba ella é las reinas é grandes señoras con muy ricos atavíos para la recibir á la puerta de la huerta. El Emperador la llevaba de rienda, é no quiso que descahalgase sino en sus brazos; pues cuando entró donde Oriana estaba, ella tenia por las manos á las reinas Sardamira é Briolanja, é con ellas llegó á la reina Elisena, é todas tres se la fincaron de hinojos delante con aquella obediencia que á verdadera madre se debía. La Reina las abrazó y besó, é las levantó por las manos. Entonces llegaron Mabilia y Melicia é Grasiñda, é todas las otras señoras, y besáronle las manos, é tomándola en medio, se iban con ella á su aposentamiento.

En esto llegó don Galaor, é no se vos podría decir el amor que Oriana le mostró; porque, despues de Amadís, no habia en el mundo caballero que ella mas amase, así por la parte de su amigo, que sabia que mucho le amaba, como por el amor tan grande que el rey Lisuarte, su padre, le tenia tan verdadero, y el deseo de don Galaor de le servir contra todos los del mundo, así como por la obra muchas veces habia parescido. Todas las otras señoras le recibieron muy bien. Amadís tomó á la reina Briolanja por la mano é díjole: «Señor hermano, esta hermosa reina os encomiendo, que ya otras veces vistes é la conoceis.» Don Galaor la tomó consigo sin ningun empacho, como aquel que se no espantaba ni turbaba en ver mujeres, é dijo: «Señor, á vos tengo en gran merced que me la dais, é á ella porque me tome é quiera por suyo.» La Reina no dijo nada, antes le embermejó el rostro, que la hizo muy mas hermosa. Galaor, que la miraba, que desde que se partió de Sobradisa cuando allá trajo á don Florestan, su hermano, y despues un poco de tiempo en la corte del rey Lisuarte, cuando vino á buscar á Amadís, nunca la habia visto, é aquella sazón era muy moza, mas agora estaba en su perficion de edad y hermosura, é pagóse tanto della é tan bien le pareció, que aunque muchas mujeres habia visto é tratado, como esta historia donde dél fabla lo cuenta, nunca su corazón fué otorgado en amor verdadero de ninguna sino desta muy hermosa reina; é asimismo ella lo fué dél, que sabiendo su gran valor así en armas como en todas las otras buenas maneras que el mejor caballero del mundo debia tener, todo el grande amor que á su hermano Amadís tenia puso con este caballero que ya por marido tenia; é como así sus voluntades tan enteramente entonces se juntaron, así permaneciendo en ello despues que á su reino se fueron, tovieron la mas graciosa é honrada vida, é con mas amor que se vos no podría enteramente decir; é hobieron sus hijos muy hermosos é muy señalados caballeros, que acabaron grandes cosas é peligrosas en armas, é ganaron grandes tierras é señoríos, así como lo contarémos en un ramo desta historia, que se llama *Las sergas de Esplandian*, porque ahí enteramente esto será contado; con el cual gran compañía tovieron antes que el emperador de Constantinopla fuese y despues que lo fué. Pues hecho este recibimiento á esta noble reina Elisena, é aposentada con aquellas señoras

donde otro ninguno entraba sino el rey Perion, que así estaba acordado, hasta que el rey Lisuarte é la reina Brisena é su hija viniesen, y se ficiesen los casamientos de Oriana y de todas las otras en su presencia, todos se fueron á sus posadas á folgar en muchos pasatiempos que en aquella insola tenian, especialmente los que eran aficionados á monte y á caza, porque fuera de la insola, en la tierra firme cuanto una legua, habia las mas hermosas arboledas é matas de montes muy espesos, que como la tierra estaba muy guardada, toda era llena de venados é puercos y conejos, é otras bestias salvajes, de las cuales muchas mataban, así con canes y redes como corriéndolas á caballo en sus paradas. Habia tambien para cazar con aves muchas liebres y perdices é otras aves de ribera; así que, se puede decir que en aquel rincencillo tan pequeño era junta toda la flor de la caballería del mundo, é quien en mayor alteza la sostenia, é toda la beltad y hermosura que en él se podía fallar, é despues los grandes vicios y deleites que vos habemos dicho, é otros infinitos que se no pueden contar, así naturales como artificiales, hechos por encantamientos de aquel muy gran sabidor Apolidon, que allí los dejó.

Mas agora deja el cuento de fablar destos señores é señoras que estaban esperando al rey Lisuarte é su compañía, por contar lo que acaeció á don Bruneo é Angriote é á Branfil, que se iban con la reina de Dacia, como ya oistes.

CAPITULO XLI.

De lo que conteció á don Bruneo de Bonamar, é á Angriote de Estravaus, é á Branfil, en el socorro que iban á hacer á la reina de Dacia.

Dice la historia que Angriote de Estravaus, é don Bruneo de Bonamar, é Branfil, su hermano, despues que de la la reina Elisena se partieron, que fueron por la mar adelante, por donde los guiaban aquellos que el camino sabian; é la Reina con su turbacion, como con el placer de haber fallado ayudadores para su priesa, nunca les preguntó de donde ni quién eran. E yendo así como vos digo, un dia les dijo: «Buenos señores é amigos, aunque en mi compañía vos llevo, no sé mas de vuestra hacienda de lo que antes que vos hallase ni viese sabia; mucho os ruego, si os pluguiere, me lo digais, porque sepa trataros en aquel grado que á vuestra honra é mia conviene.—Buena señora, dijo Angriote, como quiera que en saber nuestros nombres, segun el poco conocimiento de nosotros ternéis, no acrecienta ni mengua en vuestro descanso ni remedio; pues que os place saberlo, deciros lo hemos. Sabed que estos dos caballeros son hermanos, é al uno llaman don Bruneo de Bonamar, é al otro Branfil, é don Bruneo es en deudo de hermandad por su esposa con Amadís de Gaula, aquel á quien ibades mandar, é yo he nombre Angriote de Estravaus.» Cuando la Reina oyó decir quién eran dijo: «¡Oh mis buenos señores! muchas gracias doy á Dios porque á tal tiempo vos hallé, é á vosotros por el descanso é placer que á mi afligido espíritu habeis dado en me hacer sabidora de quién érades; que aunque vos no conozco, que nunca vos vi, vuestras grandes nuevas suenan por todas partes; que

aquellos caballeros de Grecia que á la reina Elisena dije que por mi tierra habian pasado, al Rey mi marido dijeron é contaron las grandes batallas pasadas entre el rey Lisuarte é Amadís. Aquellos, contándole las cosas que habian visto, le dijeron los nombres de todos los mas principales caballeros que en ellas fueron, é muchas de las grandes caballerías por ellos hechas; é acuérdomé que entre los mejores fuistes allí contados, lo cual mucho agradezco á nuestro Señor, que ciertamente con mucho cuidado he venido en vos ver tan pocos, é no saber el recaudo que para esta tan gran necesidad traia; mas agora iré con mayor esperanza que mis hijos serán remediados é defendidos de aquel traidor.» Angriote dijo: «Señora, pues que esto está ya á nuestro cargo, no se puede en ello mas poner de todas nuestras fuerzas con las vidas.—Dios vos lo agradezca, dijo ella, y me llegue á tiempo que mis hijos é yo lo paguemos en acrecentamiento de vuestros estados.» Así fueron por la mar sin enterevalo alguno hasta que llegaron en el reino de Dacia. Pues allí llegados, tomaron por acuerdo que la Reina quedase en su navío dentro en la mar hasta ver cómo les iba, y ellos hicieron sacar sus caballos, é armáronse, é sus escuderos consigo, é dos caballeros desarmados que con la Reina se hallaron al tiempo que en la mar entró, que los guiaron, é fueron su camino derecho á la cibdad donde los infantes estaban, que de allí sería una buena jornada, é mandaron á sus escuderos que les llevasen de comer, y cebada para los caballos, porque no entrarían en poblado.

Así como vos digo fueron estos tres caballeros, é andovieron todo el dia fasta la tarde, é reposaron en la falda de una floresta de matas espesas, é allí comieron ellos é sus caballos, é luego cabalgaron é andovieron tanto de noche, que llegaron una hora antes que amaneciese al real, é acercáronse lo mas encubierto que podieron por ver dónde estaba el mayor golpe de la gente, por se desviar della é pasar por lo mas flaco fasta entrar en la villa; é así lo hicieron, que mandaron á sus escuderos é á los dos caballeros que con ellos iban, que en tanto quedaban en la guarda punasen de se pasar á la villa. Todos tres juntos dieron sobre fasta diez caballeros que delante sí fallaron, é de los primeros encuentros derribó cada uno el suyo, y quebraron las lanzas, é posieron mano á las espadas, é dieron en ellos tan bravamente, que así por los grandes golpes que les daban como porque pensaron que era mas gente, comenzaron á fuir, dando voces que los socorriesen. Angriote dijo: «Bien sea que los dejemos é vamos esforzar los cercados.» Lo cual así se fizo, que con su compañía se llegaron á la cerca, donde al ruido de su rebato se habian llegado algunos de los de dentro. Los dos caballeros que allí venian llamaron, é luego fueron conocidos, é abrieron un postigo pequeño, por donde algunas veces salian á sus enemigos, é por allí entraron Angriote é sus compañeros. Los infantes acudieron allí, que al alboroto se levantaron é sopieron cómo aquellos caballeros venian en su ayuda, é cómo la Reina su madre quedaba buena é á salvo, que fasta entonces no sabian si era presa ó muerta; de que hobieron muy gran placer; é todos los del lugar fueron

mucho esforzados con su venida cuando sopieron quién eran, é ficiéronlos aposentar con los infantes en su palacio, donde se desarmaron y descansaron gran pieza. En el real del Duque se hizo gran revuelta á las voces que los caballeros que huyendo iban dieron, é con mucha priesa salió toda la gente, así á pié como á caballo, que no sabían qué cosa fuese; é antes que se apaciguase vino el día. El Duque supo de los caballeros lo que les conteció, é cómo no habían visto sino hasta ocho ó diez de caballo, aunque habían pensado que mas fuesen, y que se entrarán en la villa. El Duque dijo: «No serán sino algunos de la tierra que se habrán atrevido á entrar dentro; yo lo mandaré saber, é si sé quién son, perderán todo cuanto acá defuera dejan.» É luego mandó á todos que se desarmasen é se fuesen á sus posadas, y él así lo hizo. Angriote é sus compañeros, desde que hobieron dormido é descansado, levantáronse é oyeron misa con aquellos donceles que los aguardaban, é luego les dijeron que mandasen venir allí los mas principales hombres de los suyos; é así se hizo, y dellos quisieron saber qué gente tenían, por ver si habria copia para salir á pelear con los contrarios, é rogáronles mucho que los ficiesen llamar á todos, é juntos en una gran plaza que ende había los verian; é así lo ficiéron.

Pues salidos allí todos, é sabido por cierto la gente que el Duque tenía, bien vieron que no estaba la cosa en disposicion de se sufrir con ellos, si por alguna manera de las que en las guerras se suelen buscar no fuese; é habido todos tres su consejo, acordaron que esa noche saliesen á dar en los enemigos con mucho tiento, é que don Bruneo con el infante menor, que había hasta doce años, punase de salir por otra parte, é no entendiesen en al sino en pasarse por los contrarios y se ir á algunos logares que cerca en esa comarca estaban; que como habían visto muerto al Rey, cercados sus señores é la Reina fuida, no osaban mostrarse, antes mucho contra su voluntad enviaban viandas al real del Duque; y que allí llegados, que viendo al Infante y el esfuerzo que don Bruneo les daria, que llegarían alguna gente para poder ayudar á los cercados; y que si tal aparejo fallasen, que de noche les ficiesen ciertas señales, é que saliendo ellos á dar en el real, don Bruneo vernia con la gente que toviese por la otra parte, donde ningun recelo tenían, é que así podrían hacer gran daño en sus enemigos. Esto les pareció buen acuerdo, é consultáronlo con algunos de aquellos caballeros que mas valian y en quien se tenía é ponía mayor fianza que servirían á los infantes en aquella afrenta y peligro tan grande como estaban. Todos lo tovieron por bien que así se ficiese. Pues venida la noche, é pasada gran parte della, Angriote é Branfil con toda la gente del lugar salieron á dar en sus enemigos, é don Bruneo salió por otra parte con el Infante, como vos dijimos. Angriote é Branfil, que delante todos iban, entraron por una calle de unas huertas que ese día habían mirado, la cual salia adonde el real estaba en un gran campo, é allí no había estancia ninguna de día, salvo que de noche guardaban en ella fasta veinte hombres, en los cuales dieron tan bravamente ellos é su compañía, que luego fueron desbaratados, é pasaron adelante tras ellos,

é algunos quedaron muertos é otros feridos, que como fuesen gente de baja manera, y estos caballeros tan escogidos, muy presto fueron tollidos é destrozados todos, é las voces fueron muy grandes, y el ruido de las heridas mas. Angriote é Branfil no hacían sino pasar adelante é dar en los otros que allí acudían del real é de las otras estancias, é dejaban muchos dellos en poder de los suyos, que no hacían sino prender é matar, hasta que salieron al campo donde el real estaba. Aquella hora ya el Duque estaba á caballo, é como vió los suyos destrozados por tan pocos de sus enemigos, hobo en si gran saña, é puso las espuelas á su caballo, é fué ferir en ellos, é toda su gente la que allí se halló con él, tan reciamente, que como era de noche, no parecia sino que todo aquel campo se fundia; de manera que la gente de la cibdad fueron puestos en gran espanto, é todos se acogieron al callejon por donde habían entrado; así que, no quedaron defuera sino aquellos dos caballeros Angriote é Branfil, que toda la furia del Duque esperaron; mas tanta gente dió sobre ellos, que por mucho que en armas ficiéron, é dieron señalados golpes á los delanteros, é derribaron al Duque del caballo, por fuerza les convino de se retraer á la calle donde los suyos se acogieran, é allí, como el lugar era angosto, se detovieron.

El Duque no fué ferido aunque cayó, é luego de los suyos fué muy presto socorrido é puesto en el caballo, é vió á sus contrarios metidos en la calle, é como llegó á ellos, hobo gran pesar que dos caballeros solos á tanta gente como él traía se defendiesen é toviesen aquel paso, é dijo en una voz que todos lo oyeron: «¡Oh mal andantes caballeros, á quien yo doy lo mio! ¿qué vergüenza es esta, que vuestro poder no baste para vencer dos caballeros solos? que ya no lo habeis con mas.» Entonces arremetió, é otros muchos con él, y llegaron tantos é con tan gran priesa, que á mal de su grado de Angriote é Branfil, á ellos é á todos los suyos metieran una pieza por el callejon adelante. El Duque pensó que ya iban de vencida, y que allí con la priesa podrían matar muchos, y entraron á vuelta de los otros en la villa, é como vencedor adelantóse de los suyos, é llegó con su espada en la mano á Angriote, que delante halló, é dióle un gran golpe por encima del yelmo, mas no tardó de llevar el pago; que como Angriote siempre por él miraba, desde que oyó denostar á los suyos alzó el espada, é de toda su fuerza, lo firió en el yelmo de tal golpe, que le desapoderó de su fuerza, é dió con él á los piés de su caballo; é como así lo vió, dió voces á los suyos que lo tomasen, que el Duque era. E Branfil y él salieron adelante contra los otros; é firiéronlos de muy grandes golpes y pesados, de manera que los no osaban esperar; que como aquel lugar donde se combatían era angosto, no les podían ferir sino por delante. En este comedio fué el Duque tomado y preso de los de la villa; pero tanto desacordado y fuera de sentido, que no sabia si lo llevaban los suyos ó los contrarios. Como los suyos así le vieron, que pensaron que muerto era, retrajéronse hasta salir de aquella angostura. Angriote é Branfil, como aquellos vieron, así porque el Duque era muerto ó preso, como porque los contrarios eran muchos é no era razon de los cometer en tan

gran plaza, acordaron de se tornar, é haber por bien lo que en la primera salida habían recaudado; é así lo ficiéron, que muy paso se volvieron á los suyos, muy contentos de cómo había el negocio pasado, aunque con algunas heridas, pero no grandes, é sus armas mal paradas; mas los caballos á poco rato fueron muertos de las llagas que tenían, é recogida su gente, se volvieron á la villa, y fallaron á la puerta al príncipe Garinto, que así había nombre, el cual cuando los vió venir sanos é al Duque, su enemigo, preso, ya podeis entender el placer que sintiria en ello. Entonces se acogieron todos al logar, haciendo grandes alegrías porque así llevaban á su enemigo mortal, el cual, como dicho es, aun no estaba en su acuerdo, ni en todo lo que quedó de la noche, ni otro día hasta mediodía lo estuvo.

Don Bruneo, que por la otra parte salió, no supo nada desto, sino solamente las voces y el gran ruido que oía; é como toda la mas de la gente de fuera allí acudió, no quedaron á aquella parte sino pocos é de pié, de los cuales, segun andaban derramados, é no había quien los rigiese, él podiera matar algunos, mas dejólo por no perder al Infante, que á su cargo llevaba, é pasó por ellos sin embargo alguno, é andovieron todo lo que quedó de la noche tras un hombre que los guiaba, que iba en un rocín; é venida la mañana, vieron á ojo una villa adonde la guía los llevaba, que era asaz buena, que se llamaba Alimenta; é venían della dos caballeros armados, que el Duque había enviado á saber quién fueran los que habían entrado en la villa; é así lo habían fecho á otras partes, é no habían fallado rastro ni razon alguna dello, é tornábenselo á decir; é asimismo mandaron de parte del Duque, so grandes penas, á los de la villa que enviasen toda la mas vianda que pudiesen al real. E don Bruneo, que los vió, preguntó á aquel hombre si sabía quién fuesen aquellos dos caballeros, é de cuál parte. «Señor, dijo el hombre, de la parte del Duque son; que ya les he visto muchas veces con aquellas armas andar al derredor de la villa en compañía de los otros sus compañeros.» Entonces dijo don Bruneo: «Pues vos mirad por este doncel é no vos parais dél; que yo ver quiero qué tales son los caballeros que á tan mal señor aguardan.» Entonces se adelantó ya cuanto, é fué al encuentro dellos, que dél no se curaban, pensando que de los del real fuese, é como llegó cerca dijo: «Malos caballeros, que con aquel duque traidor vivis é sois sus amados, guardadvos de mí, que yo vos desafío fasta la muerte.» Ellos le respondieron: «Tu gran soberbia te dará el pago de tu locura; que pensando que eras de los nuestros, te queríamos dejar; pero agora pagarás con esa muerte que dices lo que como hombre de poco seso osas acometer.» Luego se fueron unos contra otros al mas correr de sus caballos, é firiéronse reciamente en los escudos; así que, las lanzas fueron en piezas; mas el uno de los caballeros que don Bruneo encontró fué en tierra sin detenimiento alguno, é dió tan gran caída en el campo, que era duro, que no bullia con pié ni mano, antes estaba tendido como si muerto fuese; é puso mano á su espada con muy vivo corazon que él tenía, é fué para el otro, que asimismo con la espada en la mano estaba, é bien cubierto de su escudo aten-

diéndole, é diéronse muy grandes y duros golpes; pero como don Bruneo fuese de mas valor é fuerza, que mas aquel menester había usado, cargóle de tantos golpes, que le hizo perder la espada de la mano é ambas las estriberas, é abrazóse al cuello del caballo é dijo: «¡Oh señor caballero! por Dios no me mateis.» Don Bruneo se sufrió de lo ferir é dijo: «Otorgadvos por vencido.—Otórgolo, dijo él, por no morir é perder el alma.—Pues apeaos del caballo, dijo don Bruneo, fasta que vos mande.» Él así lo hizo, mas tan desatentado estaba, que se no pudo tener, é cayó en el suelo, é don Bruneo le hizo, mal su grado, levantar, é dijo: «¡Oh á aquel vuestro compañero é mirad si es muerto ó vivo.» El así como mejor pudo lo hizo, é llegóse á él é quitóle el yelmo de la cabeza, é como el aire le dió, cobró huelgo é acordó ya cuanto.

En esto miró don Bruneo por el doncel, é vió una pieza de sí; que el hombre no teniendo tanta fucia en su bondad, habiase alejado dellos con él, é llamólos con el espada que se viniesen á él, é así lo ficiéron. E como el doncel llegó, estuvo espantado de lo que don Bruneo había hecho; é como era niño é nunca cosa semejante viera, estaba todo demudado; é díjole don Bruneo: «Buen doncel, faced matar estos vuestros enemigos, aunque será pequeña venganza á la gran traicion que su señor á vuestro padre hizo.» El doncel le dijo: «Señor caballero, por ventura estos están sin culpa de aquella traicion, é mejor será, si vos ploguiere, que los llevemos vivos que matarlos.» Don Bruneo lo tuvo por bien é pagóse de lo que el Infante dijo, y pensó que seria hombre bueno si viviese. Entonces mandó aquel hombre que con ellos venia que ayudase al otro caballero, é pusiesen aquel que mas desacordado estaba travesado en la silla de su caballo, y que el otro cabalgase, y se irían á la villa; é así lo hizo. E cuando allá llegaron salieron muchos por los ver, é maravillábanse cómo así traían aquellos dos caballeros que de allí habían partido esa mañana. Así fueron por la rua del lugar fasta la plaza, donde mucha gente se llegó, é como vieron al Infante, vinieron á él á le besar las manos llorando, é decíanle: «Señor, si nuestros corazones osasen poner en obra lo que las voluntades desean, é viésemos aparejo para ello, todos seríamos en vuestro servicio hasta morir; mas no sabemos qué remedio tomar, pues que no hay entre nos caudillo ni mayor que mandar nos sepa.» Don Bruneo les dijo: «¡Oh gente de poco esfuerzo! aunque fasta aquí hayais sido honrados, ¿no se os acuerda que sois vasallos del Rey su padre deste doncel y príncipe, del que rey (1) será su hermano? ¿Cómo les pagais aquello que como súbditos é naturales debéis, veyendo muerto á traicion tan grande á vuestro señor, é á sus hijos encerrados é cercados de aquel duque traidor su enemigo?—Señor caballero, dijo uno de los mas honrados de la villa, vos decis gran verdad; mas, como no tengamos quien nos guie é nos mande, é seamos todos gentes que mas por las haciendas que por las armas vevimos, no nos sabemos dar el recaudo que á nuestra lealtad conviene; pero agora, que aquí está este nuestro señor, é vos en

(1) Entiéndase «cuyo hermano ha de ser rey».

su guarda, ved lo que debemos é podemos hacer, é luego se porná en obra á todo nuestro poder. — Vos lo decís como bueno, dijo don Bruneo, y es gran razon que el Rey vos haga mercedes, é á todos los que este vuestro voto é parecer siguieren, é yo vengo á vos guiar é á morir ó venir con vosotros.»

Entonces les dijo el recaudo que en la villa con el otro infante dejaba, é cómo habian venido con la Reina su señora, é donde la dejaban, é cómo, yendo á la insola Firme, la habian fallado en la mar, é que no temiesen, que con poca de su ayuda sus enemigos serian muy presto destruidos é muertos. Cuando esto oyó aquella gente tomaron en sí gran esfuerzo é corazon, é alborotáronse todos, é dijeron: «Señor caballero de la insola Firme, que allí nunca hobo caballero que bienaventurado no fuese despues que aquel famoso Amadís de Gaula la ganó, mandad é ordenad de nos todo lo que debemos hacer, é luego se porná en obra.» Don Bruneo gelo gradecié mucho, é hizo al Infante que gelo gradecié, é díjoles: «Pues mandad luego cerrar las puertas deste lugar, é poner guardas, que de ninguno de aquí no sean avisados nuestros enemigos, é yo os diré lo que hacer se debe.» Esto fué luego hecho, é díjoles: «Pues id á vuestras casas é comed, é aderezad vuestras armas, cualesquiera que sean, y estad prestos, é guardad vuestra villa, é no hayais miedo de aquella mala gente; que allá tienen harto en que entender, segun el recaudo con el Infante queda; é cuanto comamos y descansen nuestros caballos, el Infante é yo nos pasaremos á otra villa; que esta guia que trayo me dice que es á tres leguas de esta, é tomaremos toda aquella gente, y vernémos por aquí, é yo os llevaré de manera que vuestros enemigos, si esperan, serán perdidos é maltrechos y en vuestro poder.» Ellos le dijeron que así lo harían, é luego fueron todos juntos con mucha gana á lo hacer como lo él mandaba; y al Infante é á don Bruneo dieron de comer muy bien en un palacio que del Rey era, y desque hobieron comido, que pasaba ya el mediodía, queriendo cabalgar para se ir, llegaron dos peones que venían á mas andar á la puerta de la villa, y dijeron á las guardas que los dejasen entrar, que traían nuevas de su placer. Las guardas los llevaron al Infante é á don Bruneo, y preguntáronlos qué decían. Ellos dijeron: «Señores, nosotros no veníamos sino á los desta villa, que no sabíamos de la venida del Infante ni de vos, que os nunca vimos; y las nuevas que traemos son tales, que así vosotros como ellos habréis gran placer de las saber. Agora sabed que esta noche pasada salieron de la villa mucha gente, é dieron en las guardas, é mataron y prendieron muchos de los del Duque, é como el Duque lo supo acudió allí, y falló dos caballeros extraños que maravillas dicen dellos, que mataban los suyos, y él, por los socorrer, combatióse con el uno dellos, y de un golpe solo derribó al Duque del caballo, y quedó en poder de los de la villa, no saben si muerto ó si vivo. Toda la gente del real no saben qué hacer, sino andar á corrillos en consejos, é parecíanos que aparejaban para levantar de allí, de tan gran temor que tienen de aquellos caballeros extraños que vos decimos; é nosotros somos de una aldea de aquí cerca, que teníamos en el real provision, é como vimos esto,

acordamos de lo decir á estos señores desta villa porque se pongan á recaudo, que como gente que va huyendo no les fagan mal ó algun robo.»

Don Bruneo, como esto oyó, salió cabalgando, y el Infante con él, á la plaza, é hizo á los peones que contasen las nuevas á todos los que allí se juntaron, porque tomasen en sí esfuerzo é corazon, é díjoles: «Mis buenos amigos, yo acuerdo que no debo de pasar mas adelante; que, segun estas nuevas, bien bastamos vosotros é yo para lo que dejé concertado; por ende conviene que seais todos armados en anocheciendo é partamos de aquí; que gran sinrazon sería que los de la villa llevasen la gloria deste vencimiento sin que nuestra parte nos quepa. — Todo se hará luego como vos, Señor, lo mandais,» dijeron ellos. Así estovieron todo el día aderezando sus armas con tanta voluntad, que no veían la hora de estar envueltos con ellos, porque ya los tenían por desbaratados, é querían vengarse de los males é daños que dellos habian recibido. Venida la noche, don Bruneo se armó é cabalgó en su caballo, é sacó toda la gente al campo, é rogó al Infante que le esperase allí; mas él no quiso sino ir con él. Pues así fueron todos, como oides, la via del real, é don Bruneo, despues que pieza de la noche pasó, mandó á la guia que con él viniera que ficiese la señal á los de la villa desde donde la viesan, como quedó acordado, y él así lo hizo; é tanto que por ellos fué vista, luego cuidaron que buen recaudo tenia don Bruneo, é luego se aparejaron para salir ante que amaneciese á dar en el real; mas los del real acordaron en otra cosa; que como vieron al Duque su señor en poder de sus enemigos, é vieron hacer aquellas señales de fuegos de noche, é porque tenían perdida la esperanza de lo cobrar, antes si mas allí se detoviesen les sería gran peligro, en pasando parte de la noche recogieron toda la gente é fardaje é los heridos, é muy secreto, sin que sentidos fuesen, alzaron el real é movieron camino de su tierra; de manera que antes que su ida fuese sentida andovieron gran pieza. Pues venida la hora que los de la villa salieron, é don Bruneo llegó por el otro cabo, no hallaron nada, antes no se conociendo, como era de noche, hobiera de haber entre ellos gran revuelta, cada uno pensando por los otros que fuesen los contrarios, de que ninguna gente en medio se fallaba; pero de que se conocieron, hobieron muy gran pesar porque así se les habian ido, é luego siguieron el rastro, mas mucho á duro, que con la noche no podían, é andaban á tienta fasta que el alba vino, y entonces los vieron muy claro; por lo cual los de caballo mucho se apresuraron, é alcanzaron todo el fardaje é los peones é feridos; que la otra gente, como ya iban de vencida, no quisieron aguardar desque el día vino, porque aun iban por tierra de sus enemigos; destos pues mataron muchos, é otros prendieron, é cobraron muy grande haber, é con mucha alegría é gloria se volvieron á la villa, é luego enviaron caballeros que trajesen á la Reina; é como vino, é vió sus hijos sanos é buenos, é á su enemigo preso, ¿quién puede decir el placer grande que sintió? Angriote é sus compañeros, como sabían el concierto de la insola Firme, y que los habian de esperar aquellos grandes señores, demandaron licencia á la Reina, di-

ciéndole que á día señalado habian de ser en la insola Firme; que pues ya no eran menester, que querian andar su camino. La Reina les rogó que por su amor se detoviesen dos días, porque quería en su presencia alzar á su hijo Garinto por rey, é hacer justicia de aquel traidor del Duque muy cruel. Ellos le dijeron que á lo de su hijo les placía estar, pero que á la justicia del Duque no; que pues en su poder quedaba, que despues dellos idos ficiese dél á su guisa.

La Reina mandó hacer luego en la plaza un gran cahalso de madera, cubierto de muy ricos é graciosos paños de oro y de seda, é mandó venir allí todos los mayores de su reino que mas cerca se fallaron, é subieron ende al príncipe Garinto é á los tres caballeros, é trajieron al Duque, así mal parado como estaba, encima de un rocín sin silla, é delante dél tocaron muchas trompas, llamando al Infante rey de Dacia, é Angriote é don Bruneo le pusieron en la cabeza una muy rica corona de oro con muchas perlas é piedras. Así estovieron en aquellas fiestas gran parte del día, con mucho dolor é angustia de aquel duque que lo miraba, al cual la gente decían muchas injurias é denuestos; pero aquellos caballeros rogaron á la Reina que lo mandase llevar de allí, ó que ellos se irían; que no querían ver que ningun hombre preso é vencido en su presencia recibiese injuria. La Reina lo mandó llevar á la prison, pues vió que les pesaba en estar allí, é rogóles que tomasen joyas ricas que allí hizo traer para les dar; mas ellos, por ruegos que les ficiese, ninguna cosa quisieron tomar, sino solamente, porque sabían que en aquella tierra habia muy fermosos lebreles é sabuesos, que su merced fuese de les mandar dar algunos para los montes de la insola Firme. Luego les trajeron allí mas de cuarenta en que escogiesen los mas fermosos, que mas les agradasen. Cuando la Reina vió que se querían ir díjoles: «Mis amigos é buenos señores, pues que de mis joyas no quereis llevar, forzado es que lleveis una, que es la que yo mas en este mundo amo, y este es el Rey mi hijo, que de mi parte le deis á Amadís, porque en su compañía é de sus amigos cobre la crianza é buenas maneras que á caballero conviene; que de los bienes temporales asaz es abastado; é si Dios á edad complida le llega, mejor de su mano que de otro alguno podrá ser caballero; é decilde que así por sus nuevas como por la bondad de vosotros, que este reino me hecistes ganar, que para él é para vos se ganó.» Ellos gelo otorgaron de que vieron que con tanta aficion lo queria, é porque mucha honra era tener en su compañía un rey tal como aquel, que seyendo de tan gran estado, procuraba su compañía por valer mas. La Reina se hizo guarnecer una fusta muy ricamente, como á rey convenia, así de grandes atavíos como de joyas muy ricas y preciadas, para que las diese á los caballeros é á otras personas que él quisiese, é su ayo con otros servidores, é fué con ellos fasta la mar, é de allí se tornó, y llegada á la villa, con mucha deshonra mandó enforcar al Duque, porque todos viesan el fruto que las flores de la traicion llevaban. Ellos entraron en sus fustas é caminaron tanto fasta que llegaron á aquel gran puerto de la insola Firme, donde con mucho deseo los esperaban. Llegados al puerto, enviaron decir á Ama-

dis cómo traían consigo al rey de Dacia, é la razon por qué; que viese lo que se debía hacer en la venida de tal príncipe. Amadís cabalgó, é no llevó consigo sino á Agrájes, é á la meitad de la cuesta del castillo encontraron con los caballeros é con el Rey, el cual ricamente vestido venia y en un palafren guarnido á maravilla. Amadís se fué á él é lo saludó, y el niño á él con mucha cortesía, que ya le habian dicho cuál era; despues se abrazaron todos con gran risa é placer que de sí hobieron, é así juntos se fueron al castillo, donde aquel rey fué aposentado en compañía de don Bruneo fasta que otros donceles viniesen, que esperaban. Así estaban aquellos señores en aquella insola esperando al rey Lisuarte, que por contar dél, dejaremos estos fasta su tiempo.

CAPITULO XLII.

Cómo el rey Lisuarte, é la reina Brisena, su mujer, é su hija Leonoreta vinieron á la insola Firme, é cómo aquellos señores y señoras los salieron á rescebir.

Como es dicho, el rey Lisuarte, despues que llegó á Vindiliora, mandó á la Reina que se aderezase de las cosas necesarias á ella é á su hija Leonoreta, é al rey Arban de Norgales, su mayordomo mayor, de lo que á él convenia; é todo fecho é aparejado segun su grandeza, partió con su compañía, é no quiso llevar sino al rey Cildadan, é á don Galvanes, é á Madasima, su mujer, que estonces allí por su mandado llegaron de la insola de Mongaza, é otros algunos de sus caballeros ricamente vestidos; que Gasquilan, rey de Suesa, desde allí se tornó en su reino. Pues con mucho placer fueron por sus jornadas fasta que llegaron á dormir á cuatro leguas de la insola, lo cual fué sabido luego por Amadís é por todos los otros príncipes é caballeros que con él estaban, é acordaron que todos juntos, é aquellas señoras con ellos, lo saliesen á recibir á dos leguas de la insola; é así se hizo, que otro día salieron todos é todas las reinas tras la reina Elisena. Los vestidos é riquezas que sobre sí é sobre sus palafrenes llevaban, no bastaria memoria para lo contar, ni menos para lo escribir. Tanto os digo, que antes ni despues nunca se supo que una compañía de tantos caballeros de tan alto linaje y de tanto esfuerzo, é tantas señoras, reinas y infantas, é otras de gran guisa, tan fermosas é tan bien guarnidas, hobiese habido en el mundo. Así juntos fueron por aquella vega fasta que llegaron á vista del rey Lisuarte, el cual, cuando vió tanta gente que contra él iba, luego pensó lo que era, é con toda su compañía andovo tanto, que se encontró con el rey Perion, y el Emperador é todos los otros caballeros que delante venían allí pararon todos para se abrazar. Amadís venia mas detrás, hablando con don Galaor, su hermano, que aun estaba muy flaco, que apenas podia andar cabalgando, é como llegó cerca del Rey apeóse de su caballo, y el Rey le dió voces que lo no ficiese; mas él no lo dejó por eso, y llegó á pié, é aunque no quiso, le besó las manos; é pasó á la Reina, que Esplandian, aquel fermoso doncel, de rienda traía, é la Reina se abajó del palafren por le abrazar; mas Amadís le tomó las manos y se las besó. Don Galaor llegó al rey Lisuarte, é cuando le vió tan flaco fué á abrazar, é las lágrimas

les vinieron á entrámbos á los ojos; é tóvolo así el Rey un rato, que se nunca podieron hablar, tanto, que algunos dijeron que este sentimiento fué del placer que de se ver hobieron, pero otros lo juzgaron diciendo que, teniendo en las memorias las cosas pasadas, é no se haber en ellas fallado juntos, como sus corazones deseaban, habian traido aquellas lágrimas. Esto se eche á la parte que os ploguiere; pero de cualquier manera que fuese, era porque mucho se amaban.

Oriana llegó á la Reina su madre despues que la reina Elisena la saludó, é como su madre la vió, que era la cosa que mas amaba, fué á ella é tomóla entre sus brazos, é cayen ambas á tierra sino por caballeros que las sostuvieron, é comenzóla á besar por los ojos é por el rostro, diciendo: «Oh, mi hija! á Dios plega por la su merced que los trabajos é fatigas que esta tu gran hermosura nos ha dado, que ella sea causa de los remediar con mucha paz é alegría de aquí adelante.» Oriana no facia sino llorar de placer, é ninguna cosa le respondió. En esto llegaron las reinas Briolanga é Sardamira, é quitárongela de entre los brazos, é hablaron á la Reina, é despues todas las otras con mucha cortesía; que á esta dueña tenían por una de las mejores é mas honradas reinas del mundo. Leonoreta llegó á besar las manos á Oriana, y ella la abrazó y besó muchas veces, é así lo hicieron todas las dueñas é doncellas de la Reina su madre, que la amaban de corazon mas que á sí mesma; que, como se os ha dicho, esta princesa fué la mas noble é mas comedida para honra á todos que en su tiempo fué, é por esta causa era muy amada y querida de todos é todas cuantas la conocian. Hecho el rescabimiento, no como fué, que seria imposible decirlo, mas como á la órden del libro conviene, movieron todos juntos para la insola.

Cuando la reina Brisena vió tantos caballeros é tantas dueñas é doncellas de tan alta guisa, á quien ella mucho y bien conocia é sabia dó llegaba su gran valor, y que todos estaban á la voluntad é ordenanza de Amadis, fué tan espantada, que no sabia qué decir; é fasta allí bien pensaba que en el mundo no hobiese igual casa ni corte á la del Rey su marido; pero visto esto que os digo, no figuraba su estado sino de un bajo conde, é miraba á todas partes, é via que todos andaban tras Amadis é lo acataban como á señor, y el que mas cerca dél iba se tenia por mas honrado, é do quiera que él iba iban todos. Maravillábase cómo pudo ganar tal alteza un caballero que nunca alcanzó sino armas é caballo; é como quiera que por marido de su hija lo toviese é muy entero en su servicio, no pudo excusar de no haber dello gran envidia, porque aquel gran estado quisiera ella para su marido, é de allí lo heredara Amadis con su hija; pero como lo veía ser al revés, no se podia alegrar con ello; mas, como era muy cuerda, fizo que lo no miraba ni entendia, é con rostro alegre é corazon turbio fablaba y reia con todos aquellos caballeros y señoras que al derredor de sí llevaba, que el Rey, despues que fabló á don Galaor, nunca dél se partió en todo aquel camino fasta que á la insola llegaron. Pues yendo por el camino, Oriana no podia partir los ojos de Esplandian, que lo mucho amaba, así como la razon lo mandaba, é la Reina su madre, que lo vió, dijo:

«Hija, tomad este doncel que vos lleve.» Oriana esto vo queda, y el doncel llegó con muy gran humildad á le besar las manos. Oriana tenia gran deseo de le besar, mas el grande empacho que hobo la fizo sufrir. Mabilia se llegó á él é dijole: «Mi buen amigo, tambien quiero yo parte de vuestros abrazos.» El volvió el rostro con un semblante tan gracioso, que maravilla era de le mirar, é conocióla luego, y fablóla con mucha cortesía.

Así lo llevaron en medio entrambas, fablando con él en lo que mas les contentaba, é pagábanse mucho de cómo él respondia; que la graciosa habla é donaire suyo las facia á ellas alegrarse; é mirábanse Oriana é Mabilia una á otra, é miraban al doncel, é Mabilia dijo: «¿Paréceos, Señora, si era esta preciosa vianda para la leona é para sus hijos?—; Ay mi señora é amiga! dijo Oriana, por Dios no me lo trayáis á la memoria; que aun agora se me aflige el corazon en lo pensar.—Pues entiendo, dijo Mabilia, que no menos peligro pasó su padre tan pequeño como él en la mar, mas Dios le guardó para esto que veis, é así lo hará, si le ploguiere, á este, que será de bondad á él é á todos los del mundo.» Oriana se rió muy de corazon é dijo: «Mi verdadera hermana, no parece sino que me queréis tentar por ver á cuál dellos otorgaré; pues no quiero decir que así plega á Dios, sino que á entrambos los haga tales, que no tengan par, como fasta aquí cada uno en su edad no la han tenido.» En esto y en otras cosas de mucho placer hablando todos, llegaron al castillo de la insola Firme, donde al rey Lisuarte é á la Reina su mujer aposentaron muy bien donde Oriana posaba, é al rey Perion é á su mujer donde la reina Sardamira. Oriana, con todas las novias que habian de ser, tomaron lo mas alto de la torre. Amadis habia mandado poner las mesas en aquellos portales muy ricos de la huerta, é allí fizo comer toda aquella compañía muy ricamente, con tanta abundancia de viandas, é vinos, é frutas de todas maneras, que muy gran maravilla era de lo ver, cada uno segun su estado lo merecia, é todo era fecho muy por órden. Don Cuadragante llevó consigo al rey Cildadan, que él mucho amaba, é así lo hicieron todos los otros caballeros, cada uno de los del Rey, segun lo amaban. E Amadis llevó consigo al rey Arban de Norgales, é á don Grumedan, é á don Guilan el cuidador. Norandel posó con su gran amigo don Galaor. Así pasaron aquel dia, con el placer que pensar podeis.

Mas lo que Agrájes hizo con su tio é con Madasima no se podria contar en ninguna manera ni pensar; que á este tenia en tanto acatamiento y reverencia como al Rey su padre siempre tovo, é fizo quedar á Madasima con Oriana é con aquellas reinas é señoras grandes que allí estaban, y él llevó á don Galvanes consigo á su posada. Esplandian se llegó luego al rey de Dacia, que era de su edad, y le pareció muy bien; é tan grande amor se les siguió desde la hora que se vieron, que todos los dias de su vida les turó; así que, por muy grandes tiempos andovieron juntos en compañía despues que caballeros fueron, é pasaron muy grandes hechos de armas en muy gran peligro de sus personas, como caballeros muy esforzados. Este rey fué todo el

secreto de los amores de Esplandian; por sus consejos buenos fué quitado muchas veces de grandes angustias é mortales cuidados que de su señora le venian, fasta le llegar al hilo de la muerte. Este rey que os digo se puso á muy grandes afanes por hablar á esta señora é le decir lo que por su amor este caballero padecia y que hobiese piedad de su dolorosa muerte. Estos dos príncipes que os cuento, por amor desta señora, tomando consigo á Talanque, fijo de don Galaor, é á Maneli el mesurado, fijo del rey Cildadan, que en las sobrinas de Urganda los hobieron cuando estaban presos, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta, é á Ambor, fijo de Angriote de Estravaus, todos noveles caballeros, pasaron la mar por la parte de Constantinopla á la tierra de los paganos, é hobieron grandes recuestas, así con fuertes gigantes como con otras naciones extrañas, de muchas maneras; las cuales pasaron á su gran honra, por donde sus altas proezas é grandes caballerias fueron por todo el mundo sonadas, así como mas largo vos lo contarémos en aquel ramo que de Esplandian es llamado, que desta historia sale, que fabla de los sus grandes fechos, é de los amores que con la flor y fermosura de todo el mundo tovo, que fué aquella estrella luciente, que ante ella toda fermosura escurecia, Leonorina, hija del emperador de Constantinopla, aquella que su padre Amadis dejó niña en Grecia cuando allá pasó é mató el fuerte Endriago, como vos ya contamos. Pero dejemos agora esto fasta su tiempo, é tornemos al propósito de nuestra historia. Pues pasado aquel dia que llegaron, é otro para descansar del camino, los reyes se juntaron para dar órden en los casamientos cómo se ficiesen con mucho placer, y se tornasen á sus tierras, que mucho les quedaba de hacer, los unos en ir á ganar los señoríos de sus enemigos, é los otros en les dar ayuda para ello. Y estando juntos debajo de unos árboles cabe las fuentes que ya oistes, oyeron grandes voces que las gentes daban de fuera de la huerta, é sonaba gran murmullo, é sabido qué cosa fuese, dijéronles que venia la mas espantable cosa é mas extraña por la mar de cuantas habian visto.

Entonces los reyes demandaron sus caballos é cabalgaron, é todos los otros caballeros, é fueron al puerto, é las reinas é todas las señoras se subieron á lo mas alto de la torre, donde gran parte de la tierra y de la mar se parecia; é vieron venir un humo por el agua, mas negro é mas espantable que nunca vieran. Todos estovieron quedos fasta saber qué cosa fuese, é desde á poco rato que el fumo se comenzó á esparcir, vieron en medio dél una serpiente mucho mayor que la mayor nao ni fusta del mundo; é traia tan grandes alas, que tomaban espacio que una echadura de arco, é la cola enroscada hácia arriba, muy mas alta que una gran torre; é la cabeza, é la boca, é los dientes eran tan grandes, é los ojos tan espantables, que no habia persona que la mirar osase; é de rato en rato echaba por las narices aquel muy negro humo, que fasta el cielo subia; y desde se cubria todo daba los roncós y silbos tan fuertes é tan espantables, que no parecia sino que la mar se queria fundir. Echaba por la boca las gorgozadas del agua tan recio é tan léjos, que ninguna na-

ve, por grande que fuese, á ella se podria llegar, que no fuese anegada. Los reyes é caballeros, como quiera que muy esforzados fuesen, mirábanse unos á otros, é no sabian qué decir; que á cosa tan espantable é tan medrosa de ver no fallaban ni pensaban que resistencia alguna podria bastar; pero estovieron quedos. La gran serpiente, como ya cerca llegase, dió por el agua al través tres ó cuatro vueltas, haciendo sus bravezas, é sacudiendo las alas tan recio, que mas de media legua sonaba el crujir de las conchas. Como los caballos en que aquellos señores estaban la vieron, ninguno fué poderoso de tener el suyo; antes con ellos iban huyendo por el campo fasta que de fuerza les convino apearse dellos. E algunos decian que seria bueno armarse para atender, otros decian que, como fuese bestia fiera de agua, que no osaria salir en tierra, é puesto caso que saliese, que espacio habria para se meter en la insola, y que ya ella, de que via la tierra, comenzaba á reparar. Pues estando así todos maravillados de tal cosa cual nunca oyeran ni vieran otra semejante, vieron cómo por el un costado de la serpiente echaron un batel cubierto todo de un paño de oro muy rico, é una dueña en él, que á cada parte traia un doncel muy ricamente vestidos, é sofriase con los brazos sobre los hombros dellos, é dos enanos muy feos en extraña manera, con sendos remos, que el batel traian á tierra. Mucho fueron maravillados aquellos señores de ver cosa tan extraña; mas el rey Lisuarte dijo: «No me creais si esta dueña no es Urganda la Desconocida; que bien se vos debe acordar, dijo á Amadis, del miedo que nos puso estando en la mi villa de Fenusa cuando con los fuegos vino por la mar.—Yo lo he pensado así, dijo Amadis, despues que el batel vi; que de antes no creia sino que aquella serpiente era algun diablo con que toviéramos harto que hacer.»

En esto llegó el batel á la ribera, é como cerca fué, conocieron ser la dueña Urganda la Desconocida; que ella tovo por bien de se les mostrar en su propia forma, lo cual pocas veces facia; antes se demostraba en figuras extrañas, cuándo muy vieja demasiado, cuándo muy niña, como en muchas partes desta historia se ha contado. Así llegó con sus donceles muy fermosos é muy guarnecidos, que sus vestiduras eran en muchos logares guarnecidas é labradas de piedras preciosas de gran valor. E los reyes é grandes señores se fueron así á pié como estaban acostando á la parte donde ella salia; é como llegada fué salió del batel, teniendo por las manos á sus fermosos donceles, é se fué luego al rey Lisuarte por le besar las manos, mas el Rey la abrazó é no gelas quiso dar, é así lo hicieron el rey Perion y el rey Cildadan. Entonces se volvió ella al Emperador é dijole: «Buen señor, aunque no me conoceis ni yo vos haya visto, mucho sé de vuestra facienda, así de quién sois y el valor de vuestra noble persona, como de vuestro grande estado, é por esto, é por algun servicio que antes de mucho tiempo de mí recibiréis, junto con la Emperatriz, quiero quedar en vuestro amor é buena conocencia, para que se os acuerde de mí, cuando en vuestro imperio estoviédes, en me mandar algo en que os pueda servir; que aunque vos parece estar esta tierra donde mi habitacion es muy léjos de la vues-

tra, no sería para mí gran trabajo andar el camino todo en un día natural.» El Emperador le dijo: «Mi buena señora, por mas contento me tengo de haber ganado vuestro amor é buena voluntad que gran parte de mi señorío; y pues por vuestra virtud á ello me habeis convidado, no se os olvide lo que me prometistes; que si en mi corazón é voluntad está asentado de lo agradecer con todas mis fuerzas, vos muy mejor que yo lo sabeis.» Urganda le dijo: «Mi señor, yo os veré en tiempo que por mí os será restituido el primer fruto de vuestra generacion.» Entonces miró contra Amadís, que no habia habido tiempo de le poder hablar, é dijole: «Pues vos, noble caballero, no se debe perder el abrazo, aunque, según la favorable fortuna en tanta grandeza os ha ensalzado é puesto en la cumbre, ya no ternéis en mucho los servicios é placeres de los que poco podemos; porque estas mundanales cosas muy prestamente, siguiendo la orden del mundo, con pequeña causa é aun sin ella podrian variar. Agora que os parece que mas sin cuidado podréis pasar vuestra vida, especial teniendo la cosa del mundo por vos mas deseada en vuestro poder, sin la cual todo lo restante vos fuera causa de dolorosa soledad; agora es mas necesario sostenerlo con doblado trabajo; que la fortuna no es contenta cuando en semejantes alturas fiere é muestra sus fuerzas, porque muy mayor mengua y menoscabo de vuestra gran honra sería perder lo ganado, que sin ello pasar antes que ganado fué.» Amadís le dijo: «Segun los grandes beneficios que de vos, mi buena señora, yo tengo rescebidos, con el gran amor que siempre me tovistes, aunque para la satisfacción de mi voluntad muy poderoso me fallase, muy pobre me sentiria para lo poner en las cosas que á vuestra honra tocasen, que por vos me fuesen mandadas; que no puede ser ello tanto, aunque el mundo fuese, que mucho mas no sea razon de lo aventurar en lo que digo.» Urganda le dijo: «El gran amor que vos tengo me causa decir desvarios é dar consejo donde menester no es.»

Entonces llegaron todos aquellos caballeros é la saludaron, é dijo á don Galaor: «A vos, mi buen señor, ni al rey Cildadan no digo agora nada, porque yo moraré aqui con vos algunos dias, y ternemos tiempo de hablar.» E volviéndose á sus enanos, les mandó que se tornasen á la Gran Serpiente, é trajesen en una barca un palafren, y sendos para sus donceles; lo cual fue luego fecho. Los reyes y señores tenían sus caballos alejados de allí; que el temor de aquella fiera bestia no les daba lugar que á ellos se llegasen, é dejaron allí hombres que la pusiesen en el palafren, y ellos se fueron á pié á tomar los suyos. Ella les dijo que les rogaba mucho que hobiesen por bien que ninguno la llevase sino aquellos dos donceles sus enamorados; así se hizo, que todos fueron delante al castillo, y ella á la postre con su compañía; é andovieron fasta llegar á la huerta donde las reinas estaban é señoras grandes, que no quiso posar en otra parte. E antes que con ellas entrase dijo contra Esplandian: «A vos, muy fermoso doncel, encomiendo yo este mi tesoro que lo guardéis; que en gran parte no se fallaría tan rico.» Entonces le entregó los donceles por la mano y entróse en la huerta, donde fué de todas tan bien recibida cual

nunca mujer en ninguna parte lo fuera. Cuando ella vió tantas reinas, tantas princesas, é infinitas otras personas de gran estima é valor, mirólas á todas con mucho placer é dijo: «Oh corazón mio! ¿qué puedes de aquí adelante ver, que causa de gran soledad no te sea, pues en un día has visto los mejores é mas virtuosos caballeros é mas esforzados que en el mundo fueron, é las mas honradas y hermosas reinas y señoras que nunca nacieron? Por cierto puedo decir que de lo uno é otro es aquí la perfeccion; é aun mas digo, que así como aquí es junta toda la gran alteza de las armas é la beldad del mundo, así es mantenido amor con la mayor lealtad que lo nunca fué en ninguna sazón.» Así se metió en la torre con ellas, é demandó licencia á las reinas para que podiese posar con Oriana é con las que con ella estaban, las cuales la subieron luego á su aposentamiento. Pues metidas en su cámara, no podia partir los ojos de mirar á Oriana, é á la reina Briolanja, é á Melicia, é Olinda, que á la fermosura destas ninguna se igualaba, é no facia sino abrazar á la una é á la otra; así estaba con ellas como fuera sentido, de placer; y ellas le hacian tanta honra como si señora de todas fuese.

CAPITULO XLIII.

Cómo Amadís hizo casar á su primo Dragonis con la infanta Estrelleta, y que fuese á ganar la Profunda Insola, donde fuese rey.

Agora dice la historia que Dragonis, primo de Amadís y de don Galaor, era un caballero mancebo muy honrado y de gran esfuerzo, así como lo mostró en las cosas pasadas, especial en la batalla que el rey Lisuarte hobo con Galvanes é sus compañeros sobre la insola de Mongaza, donde este caballero, despues que don Florestan é don Cuadrante, é otros muchos nobles caballeros fueron feridos y presos por don Galaor, y el rey Cildadan, é Norandel, é por toda la gran gente de su parte que sobre ellos cargó, é don Galvanes llevado á la dicha insola muy mal ferido, quedó con los pocos que de su parte quedaron, é con los caballeros que de su padre allí tenia, por escudo é amparo de todos ellos, donde por causa de su discrecion é buen esfuerzo fueron reparados, así como mas largo el tercero libro desta historia lo cuenta. Este no se falló en la insola Firme al tiempo que Amadís hizo los casamientos de sus hermanos é de los otros caballeros que ya oistes, porque desde el monesterio de Luvaina se fué con una doncella, á quien él de antes habia prometido un don. E combatióse con Angrifo, señor del valle del Fondo Piélagos, que preso tenia al padre della, por haber dél una fortaleza que á la entrada del valle tenia; é Dragonis hobo con él una cruel é gran batalla, porque aquel Angrifo era el mas valiente caballero que en aquellas montañas donde él moraba se podia fallar; pero al cabo fué vencido por Dragonis como hombre que se á derecho combatia, é sacó de su poder al padre de la doncella, é mandó Angrifo que dentro de veinte dias fuese en la insola Firme, y se pusiese en la merced de la princesa Oriana; é porque se falló cerca de la insola de Mongaza, quiso ver á don Galvanes é á Madasima, y estando con ellos, llegó el

mensajero del rey Lisuarte á los llamar para llevarlos á la insola Firme, así como lo prometiera á Agrájes; é fué con ellos á Vindilisora, donde fueron con mucho amor é grande honra recibidos; é desde allí se fueron con el Rey é con la Reina á la insola Firme, como ya oistes, donde falló Dragonis el concierto de los casamientos y el repartimiento de los señoríos, como es contado, de que hobo gran placer, é loaba mucho lo que Amadís, su primo, habia fecho, é aparejábese cuanto podia para ser en aquella conquista, que bien creido tenia que se no podia acabar sin grandes fechos de armas; pero Amadís, como le amase de todo su corazón, consideró que mucha sinrazon sería é gran vergüenza suya si tal caballero quedase sin gran parte de lo que él habia ayudado con tanto trabajo á ganar, é un día apartándole por aquella huerta, así le dijo: «Mi señor é buen primo, aunque vuestra juventud é gran esfuerzo de corazón, deseando acrecentar honra en las grandes afrentas, vos quite deseo de mas estado y reposo del que hasta aquí tovistes, la razon, á quien todos obligados somos de nos llegar, como fuere principal donde la virtud mana, y el tiempo que se os ofrece, quieren que vuestro propósito mudado sea, é sigais el consejo de mi poco saber é gran voluntad, que así como á mi propio corazón vos ama. Yo he sabido cómo al tiempo que socorrimos en Luvaina al rey Lisuarte con los que de los contrarios al principio fuyeron, fué el rey de la Profunda Insola, que ferido estaba; agora sé por un escudero del rey Arábigo, que es aquí venido, cómo entrando en la mar luego fué muerto; pues aquella insola donde él fué señor tengo yo por bien que sea vuestra, é della seais llamado rey; é á Palomir, vuestro hermano, se le quede el señorío de vuestro padre, y seais casado con la infanta Estrelleta, que, como sabeis, viene de ambas partes de reyes, é á quien Oriana mucho ama; y esto tengo por bueno é me place que se haga, porque mas quiero forzar vuestra voluntad sometiéndola á la razon, que yo pasar tal vergüenza en no haber vos, mi buen primo, parte del bien que Dios me ha dado, así como vos mas que otro alguno dél mal habido lo ha.» Dragonis, como quiera que su deseo fuese de ir con don Bruneo é don Cuadrante á les ayudar con su persona fasta que aquellos señoríos hobiesen, é si de allí vivo quedase, de se pasar á las partes de Roma, buscando algunas aventuras, y estar alguna temporada con el rey de Cerdeña, don Florestan, por le ver é saber si le habia menester para alguna cosa, como hombre que en tierra extraña se fallaba, é de allí tornarse á ver á Amadís á la insola Firme ó donde estoviese; y pensaba que en estos caminos mucha honra é gran fama podría ganar ó morir como caballero, veiendo con el amor tan grande que Amadís aquello le dijo, hobo gran empacho de le responder otra cosa, sino que lo remitía todo á su voluntad, que en aquello y en todo lo que le mandase le sería obediente; así que, luego fué desposado con aquella infanta, y señalada para él la Profunda Insola que ya oistes, de que luego se llamó rey é lo fué con muy gran honra, como adelante se dirá. Esto así fecho, como ois, Amadís demandó al rey Lisuarte el ducado de Bristoya para don Guilan el cuidador, que lo él mu-

cho amaba, y se casase con la Duquesa, que él tanto amaba, y que él le entregaria al Duque que allí tenia preso. El Rey, así por su amor de Amadís, como porque tenia muchos cargos é grandes de don Guilan, é porque el Duque le habia sido traidor, otorgó de buena voluntad. Amadís le besó las manos por ello, é don Guilan gelas quiso besar á él; mas Amadís no quiso, antes lo abrazó con grande amor; que este fué el caballero del mundo de su tiempo que mas comedido é mas manso é humano fué con sus amigos.

CAPITULO XLIV.

Cómo los reyes se juntaron á dar orden en las bodas de aquellos grandes señores y señoras, é lo que en ello se hizo.

Los reyes se tornaron á juntar como de ante, é concertaron las bodas para el cuarto día, y que durasen las fiestas quince dias, en cabo de los cuales todas las cosas despachadas fuesen para se tornar á sus tierras. Venido el día señalado, todos los novios se juntaron en la posada de Amadís, y se vistieron de tan ricos y preciados paños como su gran estado en tal auto demandaba, é asimesmo lo hicieron las novias; é los reyes é grandes señores los tomaron consigo, é cabalgando en sus palafrenes, muy ricamente guarnidos, se fueron á la huerta, donde fallaron las reinas é novias asimesmo en sus palafrenes; pues así salieron todos juntos á la iglesia, donde por el santo hombre Nasciano la misa aparejada estaba. Pasado el auto de los matrimonios é casamientos con las solenidades que la santa Iglesia manda, Amadís se llegó al rey Lisuarte é dijole: «Señor, quiero demandaros un don que os no será grave de lo dar.—Yo lo otorgo, dijo el Rey.—Pues, Señor, mandad á Oriana que antes que sea hora de comer pruebe el arco encantado de los leales amadores, é la cámara defendida, que hasta aquí con su gran tristeza nunca con ella acabar se pudo, por mucho que ha sido por nosotros suplicada y rogada; que yo fio tanto en su lealtad y en su gran beldad, que allí donde há mas de cien años que nunca mujer, por extremada que de las otras fuese, pudo entrar, entrará ella sin ningún detenimiento; porque yo vi á Grimanesa en tanta perfeccion como si viva fuese, donde está hecha por gran arte con su marido Apolidon, é su gran fermosura no iguala con la de Oriana; é en aquella cámara tan defendida á todas se hará fiesta de nuestras bodas.» Y el Rey le dijo: «Buen hijo, señor, liviano es á mi cumplir lo que pedis; mas he recelo que con ello pongamos alguna turbacion en esta fiesta, porque muchas veces contece, é todas las mas la grande afición de la voluntad engañar los ojos, que juzgan lo contrario de lo que es; é así podría acaescer á vos con mi hija Oriana.—No tengais cuidado deso, dijo Amadís; que mi corazón me dice que así como lo digo se cumplirá.—Pues así os place, así sea,» dijo el Rey. Entonces se fué á su hija, que entre las reinas é las otras novias estaba, é dijole: «Mi hija, vuestro marido me demandó un don, é no se puede cumplir sino por vos; quiero que mi palabra hagais verdadera.» Ella fincó los hitos delante dél y besóle las manos, é dijo: «Señor, á Dios plega que por alguna manera venga causa con